

## ALMUERZO DE CUMPLEAÑOS

A tu edad yo ya había recorrido toda Antioquia, parte de Caldas y del Quindío, dijo mi padre, cuando nos iba a empezar a narrar una de sus viejas historias de juventud. No influyó tanto en mí el cuento como esa primera frase. Al día siguiente partí.

Empecé mi recorrido por extensas calles que se dibujaban en el horizonte, o se perdían en lejanas curvas. Muchos días ajustaba de haber salido de casa, sabía que ya era hora de regresar, pero seguía obstinado esperando un indicio que me hiciera detener y decir, hasta aquí es.

Hoy el día me parecía diferente; eran más de las doce, el sol caía muy fuerte y no quería detenerme por miedo a morir achicharrado; en la siguiente curva me paré a mirar una suave cascada en lo profundo del cañón, se divisaban también unas cuantas casas que se perdían a lo lejos; junto a un gran chorro se elevaba un triste hilo de humo que se originaba tal vez de un débil fogón. Más abajo en una pequeña corriente jugaban varios niños, el hambre y el deseo de refrescarme me atraieron; pero quizá me atrajo más la necesidad de averiguar qué día era...

Descendí apresurado la cuesta y me detuve antes de llegar al fogón; había cuatro hombres, tres estirados en el pasto, mientras el otro, de rodillas, trataba de avivar la fogata.

-Qué día es hoy? pregunté, - no me miraron, pues tal vez hacía rato esperaban mi llegada - Martes, contestó uno de los que estaba recostado mientras largaba una bocanada de humo y le pasaba un grueso cigarro de marihuana a otro compañero.

-Qué fecha? - volví a preguntar, - se escuchó un silencio - luego el que avivaba la fogata respondió mientras se levantaba tosiendo - aja - aja - veintiocho. Martes veintiocho de Julio; estaba pensando en la fecha cuando el que se había parado me pasó el cigarro - Un toque viejito - lo recibí - indeciso, lo aspiré varias veces y lo seguí rotando.

Uno de los que estaba acostado, - me dijo con acento arrabalero - quédese y almuerza-. - Es chivo -; dijo el otro - hablando de pa dentro, tratando de que no se le saliera el humo del baretto.

Me acerqué al fogón donde sobre las piedras dos galones estaban llenos de pedazos de una extraña carne.

El caldo todavía no hervía, el agua estaba grasosa, probé un sorbo y escupí, los demás me miraron sorprendidos, le agregué condimentos, aticé la fogata abundantemente y en menos de una hora ya estaba el sancocho.

Tres niños pasaron por el camino cerca a nosotros - ¿han visto a Nico? - preguntó uno de ellos, me dí cuenta que se conocían por el tono amigable con que interrogaron - No - contestaron ellos - Los reconocí, eran los niños que había visto jugando cuando miré desde la carretera, siguieron su camino.

Serví para mí mientras los demás comían de los tarros donde habíamos cocinado.

Recordé la fecha, Martes 28 de Julio, claro, el cumpleaños de mi hermano, debe haber en mi casa torta, comida, música y quizá vino. Terminé de comer y me recosté; miré de reojo a los demás que ya casi terminaban con el galonado de caldo; sudaban y se estremecían; lo irritante y nutritivo del sancocho los hacía temblar, uno de ellos fabricó otro cigarro y a los pocos minutos ya estaban fundidos, estirados, roncando con la boca abierta de frente al sol que les caía perpendicularmente.

Risas y gritos se escucharon cerca, luego de vuelta, aparecieron los niños, se detuvieron junto al fogón - Quiéren comer? pregunté, me miraron maliciosos y no contestaron si no que emprendieron carrera riendo y gritando, hasta que se perdieron arrastrando el lazo que los hacía parar en seco cuando se les enredaba en los pequeños arbustos.

Me quedé dormido y al cabo de una hora desperté repuesto, sudaba y la energía que me había dado la sustancia brotaba por mi piel, los demás seguían roncando. Empaqué un pedazo de esa carne, que aunque extraña tenía buen sabor y empecé a andar por donde hacía un rato habían llegado los niños; a los pocos metros ví la piel amarilla del animal sacrificado, tendida en las púas del alambrado vecino al camino, la reparé y pensé para mis adentros: "Nico debió ser un hermoso perro pastor alemán" - Respiré profundo y empecé a recoger mis pasos.



“13 de mayo día de la madre”

## TERCERO C

"Que miserable sería el  
hombre sin su memoria"  
Luis E.



Hoy voy a pensar en ella, Bárbara Luz Garcés, hay veces que siento deseos de verla de nuevo, pero no es posible y además no deseo cambiar la bella imagen que conserva mi memoria. Recuerdo bien la primera vez que te vi, tu estabas tratando de ordenar a los niños de tercero; sentí mucha rabia contra el grandulón de Esquivel, cuando no te hacía caso, pero a la vez alegría, pues esto te obligó a acercarte hasta donde él estaba y yo estaba allí, cerquita, en la fila de los de segundo, yo me quedé mirándote, lele, lelito. Esto lo recuerdo, a veces con gracia, otras con pena. Estaba tan concentrado observándote, que no medí cuenta cuando la señorita Inés, a la que le tocaba la disciplina ese día y que además era mi profesora, dijo que siguieran los segundos; cuando me miraste quedé como asustado y tú dijiste en voz alta: ¡Siga niño! Cuando me di cuenta que estaba solo, yo agaché la cabeza, y me puse rojo como un tomate y salí corriendo rapidísimo para mi salón. Después de esto no me atrevía ni a mirarte, sabía donde estabas porque reconocía tu voz, en los recreos. Cuando me daba cuenta que estabas en el patio, me quedaba por los

tabos de los baños, cuando te tocaba la tienda, no compraba ni un confite pues sabía que estarías cerca, y si te te tocaba la disciplina, ni salía del salón.

Así estuve varios días hasta que me fue pasando la pena de mirarte. Después me quedaba en el corredor del segundo piso hasta que me sacaban, ya que desde allí, te podía mirar sin que te dieras cuenta.

Tercero C... Tercero C, Tercero C, Creo que fue tanto mi deseo de pertenecer a Tercero C, que preciso al año siguiente, me tocó con ella. Que barbaridad, que felicidad, me tocó con Bárbara. Mi mamá no lo supo pero para ella también fue causa de alegría. Recuerdo que le decía a mi papá, no sé que le estará pasando, pero cuando voy a despertarlo, ya está levantado, y cuando le voy a decir que se bañe, lo veo es en la mesa esperando el desayuno... ¡ Que juicio de muchacho, es que ni mocos tiene!... Qué risa... Salía primero que mis hermanos y mi mamá decía que los esperara y yo le decía que tenía que llegar temprano, y era para irme solo solo, para pensar en ella, para imaginar cómo iría vestida, para que cuando llegara me viera de primero pegado

del candado de la reja, todo bien bañado, bien peinado, "tan juicioso", como decía ella. ¡ Si es que un día casi me coje un carro por andar pensándote!



Las clases de Español las entendía, la matemática me entra-  
ba fácil, en la historia me parecía estar dentro de cada  
batalla, es que yo no separaba mis ojos de ti, de la tiza,  
ni del tablero. Todavía recuerdo clarito cuando nos enseñas-  
te, en clase de estética, a solfear el himno nacional en clave  
de sol:

Mi - Fa - Sol - Sol - La - Sol - Fa - Sol - Mi

Mi - Fa - Sol - Sol - Fa - Re - Do

Mi papá decía: Con esa profesora si aprenden los muchachos,  
ojala al niño también te toque con ella.

Bien presente tengo el día, fue uno de los más felices de mi  
niñez. Tú dijiste: A ver niños... La semana que viene  
es el día de la madre, hagamos un dibujo de ella y  
debajo me le escriben, 13 de Mayo, Día de la Madre.

Todos los muchachos empezaron a trabajar, inclusive William  
Ossa, que nunca había nada. Bárbara recorría todos los

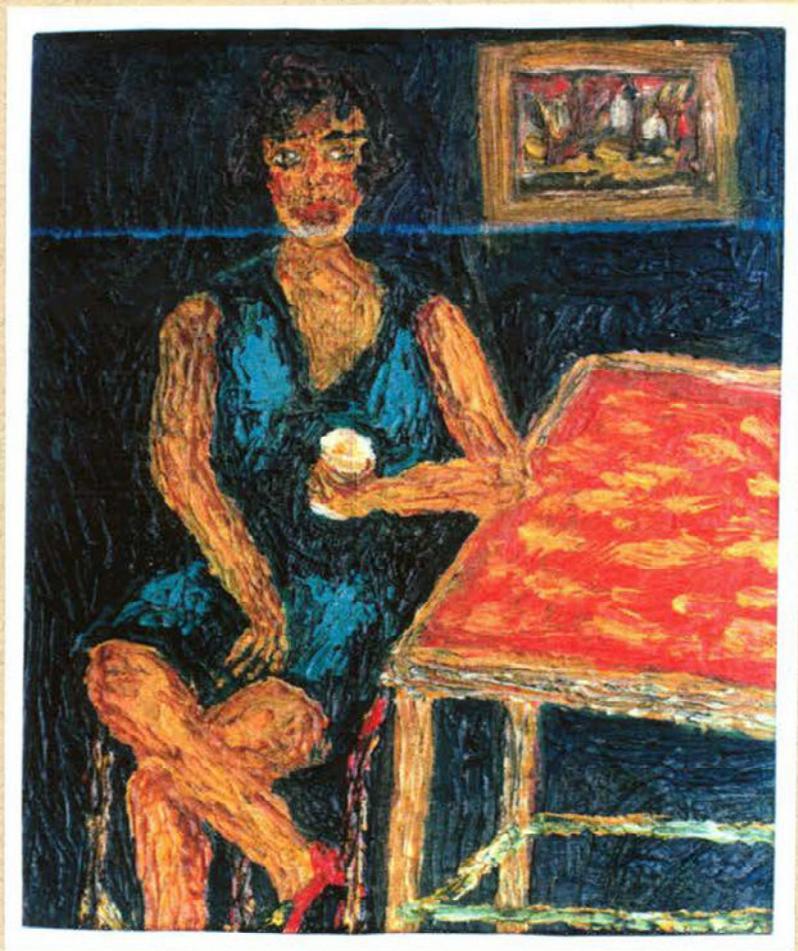
puestos y miraba los trabajos, cuando se acerco a mi lugar y se quedó mirando mi dibujo coloreado de rojo y amarillo, dijo en voz alta: Miren que bello dibujo esta haciendo Rivas. ¿Y este eres tú? Dijo señalando una parte de mi dibujo. Yo la miré y sonreí, no fui capaz de responder, estaba todo colorado. Cuando íbamos a salir a descanso nos devolvió los cuadernos, me había puesto cinco, casi no salgo a recreo ese día, pues el idiota de William me dijo que se lo mostrara y de pura envidia, me rayo la hoja con un <sup>Lapicero</sup> estero, me quedé borrándolo. Por poco rompo el papel, mojando el borrador con saliva antes de frotarlo.

Cuántos recuerdos volvieron a mi memoria el día en que encontré entre los papeles de mi papá el cuaderno de tercero. El tenía por costumbre guardar un cuaderno de cada uno de sus hijos, y ahora que lo pienso, no sé por qué guardaría éste. Cuantos recuerdos me trajo ese dibujo y ese borrón. Reviví esa mañana, solo en el salón, tratando de sacar con saliva la tinta del lapicero azul con que me había rayado el cuaderno William Ossa. Mis ojos llorosos, mi gran tristeza, si hasta mi papá me dijo cuando le conté: ¡ un día de estos me

muestras ese pendejo!

Por esos días en la Universidad, en clase de pintura, volví a hacer el mismo dibujo y otra vez me saqué un cinco. Qué feo se veía el profesor cuando me dijo: "sigue explotando ese tema, tiene algo especial".

Qué habrá sido de ti Barbarita, seguirás tan bárbara como tu nombre... Qué haría yo sin su recuerdo... A ver muchachos, hoy vamos a hacer un dibujo sobre el día de la madre, saquen todos los colores.



"Rosmira"

No es fácil enfrentarse a una investigación semiótica con la firmeza que lo hacen los científicos literarios y mucho más difícil es para quienes queremos hacer dicha investigación en literatura sabiendo que nuestro pregrado enfatizó en otras áreas; sin embargo, buscando afianzar en mis intereses he dirigido mi investigación hacia un análisis etnográfico de casos, estudiando el proceder humano, sus acciones, las respuestas dadas a los impulsos violentos; información captada al observar, al convivir, al compartir. Hasta el momento este documento contiene un cúmulo de datos recogidos de la experiencia, organizados en secuencias lógicas, sin poder, por desgracia, ir más allá de la producción del texto; y me pregunto ¿quién podría ir más allá?, ¿quién podría concluir con certeza?, ¿quién podría generalizar una respuesta ante el proceder de un individuo? ¿quién podría globalizar si la mente humana en cada caso reacciona de forma diferente?; Ningun ser humano responde igual a otro ante una agresión, un insulto o una caricia. Mi preocupación en el pregrado fue el ser, observado en sus situaciones más degradantes, mirando las reacciones más humanas ante las acciones más crueles, observando su actitud ante la vida, sus recursos, soluciones, su capacidad para responder bajo presión, su habilidad para sobrevivir.

Cinco años en Artes Plásticas para aprender a ver, ahora en Literatura mi preocupación no ha cambiado, más bien he ganado elementos para el análisis de procederes; para comprender las respuestas a los impulsos; son dos años de especialización para aprender a leer.

Si con mi trabajo plástico solo pude captar expresiones, retratar imágenes demacradas, rostros reconstruidos por el maquillaje, personajes valientes enfrentándose cada noche a su vida, a su muerte; si en ese momento que manejaba el color sólo pude retratar volúmenes, siluetas, tonalidades, desde mi punto de vista; ahora que me he relacionado un poco con el lenguaje escrito, no he podido ir más allá de retratar con palabras las difíciles escenas de quienes se juegan la vida. Indudablemente mis cuentos son vivencias, son el recuerdo de situaciones, la memoria de personajes, la remembranza de charlas íntimas con noctámbulos que compartían mi mismo espacio temporal, prostitutas, vendedores, celadores, ladrones, gominones, matones, rebuscadores, borrachos, habitantes de esas noches violentas de Medellín, en cada jornada sonaban disparos, cada mañana recogían cadáveres, cada tarde ruidosos estruendos dejaban lisiados. En el momento me preocupo por esos pequeños espacios sentimentales

de los personajes implicados en los hechos, busco detrás de esos rostros endurecidos por la vida; esculco en esas cicatrices que ha dejado su existencia. Quién pudiera vivir esos espacios y salir ileso con la experiencia almacenada solamente en su memoria. Mi estadía en el sector la marcó el ciclo final de la vida de Manolo, a él lo conocí el primer día de trabajo, antes de meterse al bar me dijo:

-Pelao guardeme esto que cuando salga se lo reclamo -

Era una bolsa de almacén apretujada, inmediatamente la recibí y la metí al cajón - En estos trabajos hay que hacerse amigo de todo el mundo - y además el tipo me pareció decente, aunque me inquietaba su estatura y la costura en la mejilla; recorde que mi papá me dijo:  
Ning hay que tenerle miedo al caricortao si no al que se la corto.

En el bar sonaba el solitario a todo volumen: triste va el solitario con su pena... la salsa era la música del momento, a Manolo no le chocaba, pero tampoco se la aguantaba mucho rato, a él le gustaba era el tango, varias veces cantó en bellavista el día de las mercedes en el tiempo que estuvo allá; por eso cuando el discomano lo veía llegar empezaba a alternar una salsa y una melodía, así llamaban al tango. Después que Manolo entró yo miré el paquete para prevenirme; era un delantal

de los que usan los médicos, tenía manchas de sangre, cuando le regresé el paquete le pregunté qué llevaba ahí y él respondió cortante: - La ropa de trabajo - dos días después cuando me dió a guardar otra vez el paquete le averigüé en qué trabajaba y me respondió mientras se alejaba: - Camillero forense - me pareció un oficio respetable aunque no sabía de qué se trataba; después fue Rosmira la que me explicó que a él y a otros dos compañeros les tocaba recoger en la mañana todos los cadáveres que resultaran en Medellín de la noche anterior, después los llevaban al anfiteatro y los enganchaban como la carne en los expendios; tal vez por eso a Manolo no se le daba nada chuzar a cualquiera.

Manolo tenía sus años pero era bien ágil y bastante acuerpao. Una noche lo vi agarrarse con un montañero, de esos que saben manejar el machete y Manolo con su patecabra pasándosele de mano en mano, el montuno mándele el machetazo, él al desquite y lleve su viajeo; le metió una en el brazo, dos en el pecho y tenga y tenga hasta que el tipo quedó en el piso; esa noche me tocó guardar el puesto de perros temprano para evitar preguntas; y como a Manolo se le había olvidado retirar el delantal ese con sangre... ¡ y además yo tengo experiencia

en eso de los muertos). Por solo haber visto matar a dos manes me habían hecho perder un buen sitio de venta, allá junto a la red, entonces es mejor no ver nada. Al día siguiente fue que me contaron que al mismo Manolo le tocó recoger el cuerpo en la mañana y tomar las medidas.

Manolo iba de vez en cuando con otro compañero que llamaban Chita, en un principio pensé que le decían así porque era negro y bajito y además flaco, después supe que era por su agilidad, pues parecía un mico pa moverse; de esto me di cuenta un miércoles, vi llegar al chita solo y se metió al Surrambay, que quedaba muy cerca a donde yo trabajaba, no transcurrió ni una hora cuando ví que salía el Nato y después el punti, cada uno con su navaja abierta, detrás de ellos venía la Chita arriándolos con una navaja 007, más de 20 minutos brincaron en la calle, ellos le mandaban y él brínquele al uno y brínquele al otro, ni lo tocaron; Pa más fue él que a lo último los hizo correr a cada uno con su chuzón. Claro que estos bares no siempre son peligrosos, hay veces que uno se divierte a lo bien con las nenas, o se esta tomando una cerveza y de pronto aparece el bailarín de salsa con su muñeca

pegada a la punta de los zapatos, en el piano suena un ritmo pesado: "A los carruseles, a los carruseles, yo me voy con mi chica a los carruseles," ... y hombre y muñeca se entrelazan en esos movimientos acelerados, exigidos por el ritmo atroz cubano. Otras veces aparecen esas puticas locas con su falda cortitica, o con esos vestiditos pegados al cuerpo, sobándose eróticamente al ritmo de: "Caliente, caliente, e, o, caliente, caliente, o, a ... hace tiempo que mi cuerpo anda loco, anda suelto y no se quiere parar, e, e, e, o no se quiere parar... premio para el caballero que me bese primero, no se arrepentirá ... e, e, e, o; e, e, o, a, no se arrepentirá..."

Moinolo me enseñó a distinguir los bares por su ubicación y su estructura física, él decía que los más peligrosos eran los de los sótanos como el Surrabay, el Hailay y el sótano, les siguen los que quedan en zaguanes que son pocos, después los que quedan en los segundos pisos y que hay que subir una escalera como: los "carruseles" que es hasta más peligroso que el mismo sótano; los que quedan a ras de calle son más sanos aunque en cada cuadra hay uno o dos que se destacan por violentos, por ejemplo en la avenida de Greif sacan la cara La red y el Calibio, en Bolívar el "gato negro"; más abajo el piloto y el

Onasis y aquí arriba la fania y el Junín; abajo en Guayaquil ni hablar, desde el Aladino p'a abajo se volvieron unos perratiaderos tremendos.

Con Manolo también conó los comederos nocturnos, desde los más sencillos como el del parque Berrio donde con 100 pesos se pagaba uno un desayuno con gallina: veinte de papa, veinte de yuca, cincuenta de arroz, diez de ala y diez de aguadepanela; hasta el de la minorista que era un desayuno bien franco de frijoles calentados, chicharrón, chocolate, huevos y arepa por mil pesos y abrian desde las dos y media de la mañana.

El Manolo se güelía cuando iba a haber problema y con quién, pero los tiempos cambian, y a él le había tocado la época del cuchillo y el brincao, pero en esta época el malandrín ya anda es con su tote, y así pasó, un viernes ya tarde salió el Manolo bien preñado del Hailay, minutos antes hubian salido dos pelaos de esos atravezados, parecían como de San Cristobal; en la esquina lo estaban esperando. Cuando él iba a voltiar sonó el primer disparo, él retrocedió sacando la navaja, luego uno en la garganta y otro en la cabeza, varios segundos se quedó Manolo contra la pared con el cuchillo medio levantao,

lo fue bajando lentamente y luego de un estrujón lo tiraron al piso los muchachos. Era majestuoso ver a Manolo extendido, una leve brisa lo había humedecido matándole su brillo, parecía un gran árbol, solo Rosmira dijo cuando lo miró - "Era una gran persona"-; yo solo lo pensé. Esa noche guardé el puesto y no lo volví a tocar hasta que alguien me ofreció comprarlo, cuando lo lavé encontré podrida la camisa ensangrentada de Manolo aun en la bolsa.